

A rayas —en pijama—
desgarrado edredón
ronronea
feliz de que la tigre
le lustre los bigotes,
y le rasque la ijada.

DANZÓN DEDICADO A...

DESPUÉS VINO lo bueno
en el Salón Ciudadela
—al aire libre—: ella, su pelo afro
(oxigenado) en trenzas de chistorra;
peonza —cuerpo de tal— girándula,
se veía así misma desde su propia
cintura de tinaco, enjoyadas las manos,
coquetona, a la altura del ombligo diastásico,
los lentes caídos en el caballete de la nariz
y su largo collar de abalorios
bamboleándose entre las masas
tectónicas del pecho. Él: con su brazo arrugado
sostenía el de ella (pellejo en arco de violín)
y, con el otro, dedeaba la gelatina *in motion*.
Decía su gringa camiseta (color vino)
en relieve: *The Chicago Bulls*,
y el *blue jeans* —viejo y mugroso—
a punto de romper el
arrugado danzón sobre la nalga inexistente,
y la rodilla flexionada...

SARITA MONTIEL

ERAS LA GRACIA de la Maja Desnuda
cantando en la pantalla.
No fue un día de San Eugenio
en el Pardo, pero sí en aquellos
calores de altiplano del cine Briseño
sudando a mares (y el tósigo
de vaselina flotando
como un humor oleoso). Respiración
colectiva, el beso y el aire enrarecido,
ay, Sarita, la de los ojos de obsidiana
—ídolo amasado en redondeces—:
¿No es a ti a quién he perdido
buscando en todas las mujeres de mi vida?

A LA MEMORIA DE SOFÍA ÁLVAREZ

ABUELA DE PIERNAS maravillosas,
yoga vegetariana del Canal
de Miramontes ¡cuánto hubiera
deseado que un dios olímpico
emparejase edades o borrara
las arrugadas cicatrices del alma!
Ay, Sofía, al mejor Sócrates
se le va la liebre del corazón
cuando se embala el calendario.
Y finalmente no supe, ni siquiera,
si eras colombiana
o de qué galaxia venías.

MUSA DE LA FOTOGRAFÍA

CREÍAMOS VER — oh, Marilyn —
divina musa de la fotografía
y ovarios mercerizados:
el triángulo perfecto
de tu coño sin rasurar,
los catetos babeando
y la hipotenusa, fresca fresa
o herida de mamey bien barbado.
Y en la noche soñamos
con los paraísos olfativos
del recuerdo proustiano: la magdalena
chopeada en Chanel número 5.

EL MUCHACHO DE LINDAU

Oswolt Krell (*Alte Pinakothek*)

NO ERES TÚ quien lo mira
sino él a ti, con sus ojos de avellana.
El muchacho de Lindau pasa revista
al museo de tu vida, y luego te abandona
en el tráfico inmóvil. Piensas:
le falta carácter a su mandíbula.
Tal vez una pincelada aquí. Allá
un sepia...
Es tan pobre su zorro de etiqueta
y las carnaciones oliváceas

no agregan nada a sus rulos
de bronce sin quemar.
La próxima vez (si hay una próxima vez)
prometo espiarlo, al sesgo,
desde la lámina
— ahora muerta — de esta luz
impecable.

DETERIORO DE COMUNICACIÓN

QUE YO TE diga mi dolor
Que tú me digas tu dolor
Que yo te diga mi
Que tú me digas
Que yo te
Que tú

¿Qué?

SAGITAURESA

A GALOPE tendido
vas por la vida,
con las flechas dispuestas
para la herida.
Centauresa con busto
de reina persa,
¿dime dónde comienza
tu amor de fiera?

pero nunca me digas
dónde termina.
De tu solar solsticio,
el epicentro,
te vuelves a deshoras
candil de esquina.
Sagitauresa dulce
de mis tormentos,
¿dime de dónde vienes
con tanta prisa?
que a ti misma te alcanzas
y a mí me tienes
suspendido en el vilo
de tus sonrisas.

ROMANCE DE LA MIEL NEGRA

¿QUÉ MISTERIO hay en el hondo
pozo de luz campesina
de tus ojos que fulguran
tinieblas de llama viva?

¿Acaso recuerdan noches
que no vieron mis pupilas
en una ausencia de nardos
y azahares de ceniza?

Quien los vio, no los mirara
si en su vaciedad de prisa,
tijeras de alcaravanes
cegaron su doble vista.

Ay, amor, que duro exilio
el tiempo de las primicias,
cuando limones oscuros
acidulaban sonrisas.

Tal vez porque en otro tiempo
— sangre de luna insumisa —
se buscaban nuestros ojos
como peces en la brisa.

Moscatel, uva que embriaga
con delicia de amatista:
tu seminario de besos
astillados por la risa.

Lumbre central de las almas
destila su alcohol de vida;
fuego negro de tus ojos
que se devora en albricias.

Aspasia de piel de sidra
que arracima las caricias,
desuéllame en las navajas
de tus mórbidas pupilas,

pero no apartes de mi alma
— ojos de lumbre homicida —
tus miradas de miel negra
que incendian a quien las mira.

ANAGNÓRISIS

...expresión oblicua perfecta por su rendición

Malcolm Lowrey

YA ERAS entonces todo
lo que ibas a ser —eso, por lo menos—
hubiera dicho Pitágoras a Isócrates.
¿Usabas vestidos de china poblana
porque te llamabas Guadalupe?
¿O fue el listón tricolor y tu morenez
la que te dieron nombre de virgen?
Por poco y le atinas al 12 de diciembre.
¿Estaban ya en tu ayate de lentejuelas
Salma Hayek y María Félix?
Pero la bronca era otra: era la Amazónida
que habías de vivir a partir de tu encuentro
(en Vips de Insurgentes) nada menos
que con Ulises, que se había escapado
—¿cómo la ves?— de su propia Odisea.

XIPE

Y ME PUSE su piel
—la capa en llamas—,
habité sus entrañas
como Xipe
de máscara de oro,
orgulloso modista
de tan alta costura:
y en el acto ritual
de semen y de sangre,
(desollada y vencida)
ella dijo otro nombre.

INVENTARIO

CUANDO HAGAS el inventario
de tus amores, si resulta
que no soy:

ni el primero
ni el último
ni el que más
ni el que mejor

piensa que soy,
por lo menos, el que
siempre

y no dejes de contar conmigo.

ALA DE LUNA

a Silvia

Tú,
hija
ida,
vara
de
luz,
gladiola;
banderilla
de
olor,
perfil
de nardo.
¿Por
qué
tanta
prisa
por
ser
lasca
de luz,
sombra
de álamo,
ala
de
luna,
y
de
la
Muerte
ángel?

NUDA

VESTIDA DE tactos,
satisfecha de hambres,
ahíta de abstinencias;
toda tú en tocas
de blanco negativo
naces para la muerte
en la rotonda
de los partos ilustres.

TELA A VIDA

LA FINA trama de la vida
se aprieta en complicados puntos
asidos a la urdimbre,
años y desengaños
la adelgazan deslíen
gastan
suavizan hasta la transparencia
y, luego, un día
al tirar de algún hilo
suspendido
todo se resuelve en nada.

EL ETERNO RETORNO

I

LOS HIJOS LO sabían o, por lo menos,
lo sospechaban, porque recordaban al viejo
en los tiempos borrosos (allá por los cincuentas)
cuando discutía con otros exaltados
sobre los sindicatos ferrocarrileros,
bebían cascadas de cerveza rubia
y luego naufragaban — peces de ámbar —
entre los laberintos de la alfombra.
También en el 68 cuando escondía estudiantes
en la buhardilla de la casona francesa
de la colonia Roma, la elegante mansarda
rematada en el ático antes de que se viniera abajo
durante los terremotos del ochenta y cinco;
circulaban entonces extraños manifiestos
que se imprimían por las noches
y amanecían pegados en las paredes de la ciudad:

*El ejército en las aulas no aprende
¡Fuera de ellas!*

Y lindas canciones que caían como gotas
de sangre musical en el asfalto:

*La otra noche vi correr,
vi gente matar
y no estabas tú.*

Entonces el viejo no estaba gordo ni calvo
y las jovencitas preparatorias
le pasaban papelitos color de rosa
con corazones flechados y le acariciaban las manos
blancas y finas — desgastadas — de tanto escribir poemas.

II

Pero los nietos ya fueron otra cosa.
Nunca entendieron qué había visto la abuela
en aquel viejo triste y agotado
que chamuscaba las carpetas de la sala
con la ceniza de sus cigarrillos interminables
y nunca recordaba dónde había dejado los lentes
y marcaba, con recibos de luz, montones
de libros empezados. El viejo aquél que hablaba solo
y a quien se le hacía agua el cielo de los ojos
cuando escuchaba canciones de los Beatles
y suspiraba al oír Tenderly con su vaso de ron
en la penumbra de la biblioteca
donde el disco rayado — con su eterno retorno —
acompañaba al sueño prematuro
descabezado en ronroneos felinos.

*¿Si le habrá hecho
el amor a la abuela en un ropero?*

Sus reliquias amontonadas:
mancuernillas, fistles (perla y rubí) abrecartas de hueso,
cigarreras de plata, postales de París, relojes de cuerda
y plumas fuentes; periódicos tostados por los años
donde había tipografías con su nombre,
basura toda para los jóvenes de la casa.

(En un cofre de roble americano
bailaba jotas la abuela muerta de fidelidad
y cansancio, comedora de dulces; murió
con los ojos bellísimos nublados de llanto y cataratas)

Nadie perdona que se le cuente siempre la misma historia.
Los sobrinos se impacientan con las migas de pan
regadas sobre el mantel y con los mapas de café con leche
dibujados por mano temblorosa. El relato de sus amores
era burla y escarnio para la muchachada, que no alcanzaba
a comprender cómo pudo ser concebida por
aquel anticuado bailarín con zapatos de ante,
que trenzaba arabescos suntuosos al ritmo
polovetziano de Extraños en la noche.

En el otoño lujoso de los espejos, el aroma de jazmín
español precedía al doble pezón de pétalos de nieve,
que se abría a la noche profunda y perfumada,
cuando la sombra de la música
anticipaba la forma de la mano,
con sus guantes de topo tocando la mandolina
en las caricias del amante a la amada.

Las piernas temblorosas abrigadas con frazadas de lana,
en el sillón de mimbre soñó que despertaba

[en un jardín de arte.

La vio venir envuelta en la seda de su vestido más bailable,
haciendo dulcísimas pastillitas de risa y ofreciendo sus labios
mordorados — inteligentes y breves — al festín de los besos
inevitables en su aderezo de alegría.

III

En la puerta que conduce a un pasillo infinito
regresaban los hijos que eran él (que eran ella)
con sus ramos de mitos en las manos,
con ortigas de lumbre, con castaños oscuros
de mieles de tiniebla y el arenal sin sueño de los siglos.

Empezó a funcionar de nuevo la máquina del tiempo:
el almidón de peltre de los puños, la guillotina de los cuellos,
los chalecos de fieltro, el estraples donde dormían los ébanos
del seno y las mil crinolinas en las camas
(fantasmas de caderas: sombras en movimiento)
y en la curva imprevista de un día ya vivido
— esguince doloroso, ensayo general
sin arrepentimiento — el baile del planeta, iluminando
los salones de mármol del recuerdo.

Los niños encontraron en el desván
los retratos de dos desconocidos.
Él: bigotillo castaño y lentes de carey,
guapo y esbelto mozo.
Ella: ojos de mercurial misterio,
sonrisa musical y una frente de fiebre
transparentando pensamientos.

Quedaron por ahí, perdidos,
en un rincón del tiempo.

Los retratos tejían en la sombra
la telaraña de un diálogo de amor
en el claro de luna del silencio.